

Sergio Galarza
**Algunas formas
de decir adiós**

XI PREMIO IBEROAMERICANO DE RELATOS «CORTES DE CÁDIZ»

C colección
CALEMBÉ



algaida



Un jurado presidido por el concejal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz, Alejandro Varela, y compuesto por Santiago Roncagliolo, Eloy Tizón, Pablo Rafael, Carmen Montes, José Manuel García Gil, Miguel Ángel Rodríguez Matellanes concedió a la obra *Algunas formas de decir adiós*, de Sergio Galarza, el XI Premio Iberoamericano de Relatos «Cortes de Cádiz», patrocinado por la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz.

La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

Ilustración de cubierta: Renso Gonzales

© Sergio Galarza, 2014

© Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9877-935-6

Depósito legal: SE-859-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para Sonia, que puede ver
a través de mi rabia

*Soy una droga
que te hace vivir.*

NEIL YOUNG

MOCHILAS

YO QUERÍA SER DE LOS MALOS Y FRUNO ERA EL más malo de toda la clase, quizás del colegio, una bestia salvaje que nadie podía domesticar. Con doce años no tenía miedo de pelearse con alumnos mayores, nunca delataba a sus compinches y tampoco chillaba cuando lo castigaban a golpes. Por eso me juntaba con él, y porque era el único que conocía a más chicas aparte de su hermana pequeña y sus primas, no como el resto, que sólo conocíamos a nuestras hermanas y primas feas.

Fruno había pegado el estirón antes que todos, sus brazos y piernas parecían las ramas de un árbol pelado. Caminaba con las manos en los bolsillos, balanceando los hombros, como poseído por una canción de *rock* pesado. Su cara era como una hoja rosada salpicada de puntos naranjas. El cabello lacio y rubio oscuro que a veces le cubría las cejas, acentuaba esa imagen de pendenciero, la sonrisa traidora que esbozaba antes de soltar un golpe. Pero era un buen deportista y un estudiante aplicado que siempre figura-

ba entre los diez primeros de la clase. Algunos profesores y sacerdotes lo odiaban por eso. Fruno contradecía todas las normas y convenciones, sobre todo ésta: un alumno problemático no podía ser inteligente. Quienes lo odiaban estaban acostumbrados a que los de su calaña suspendieran desde Matemáticas hasta Educación Física.

Había profesores que disfrutaban humillando a los problemáticos. Dibujaban con un lapicero rojo la nota de suspenso en sus exámenes y recomendaban su expulsión del colegio. A Hakim, uno de los que siempre estaba molestando a los compañeros y nunca podía estar sentado más de cinco minutos, el profesor de Historia, un abogado que siempre llevaba una chaqueta naranja de pana, le daba a elegir entre ponerle un diez sin corregir su examen, o corregirlo. La nota mínima para aprobar era once. A veces Hakim tardaba en decidirse. El profesor se ajustaba la chaqueta, de pie, al lado de su carpeta, y sometía su nota a votación. La mayoría de compañeros levantábamos la mano a favor del diez. Pero el orgullo de Hakim nos contradecía: suspendía con un seis o un ocho.

Cuando Hakim y otros se iban del colegio nadie volvía a saber de ellos. Tampoco nos preocupábamos por mantener el contacto. De niños sólo nos interesaba jugar al fútbol, y cuando faltaba un jugador lo reemplazábamos por cualquier compañero. De adolescentes sólo nos interesaban las chicas y ninguno de

los que se iba por voluntad propia o expulsado tenía una hermana, prima o amiga que estuviera tan buena como para extrañarlo por su aporte a nuestras fantasías. ¿Qué hubiera sido de mi adolescencia temprana si a Fruno lo hubieran expulsado por pelearse?, aunque no le quedaban muchos rivales en nuestra promoción, y los matones de segundo y tercero lo evitaban por miedo a quedar en ridículo. La Rata, el jefe de disciplina del colegio, un instructor de la Policía de cara huesuda y calvo, amenazaba con botarlo cada vez que una madre venía a quejarse porque le había roto la nariz a su hijo, o porque abusaba tanto de él que ya no quería ir al colegio. Pero Fruno tenía alguien que lo protegía en secreto.

Un día, a la salida del colegio, me pidió que lo esperase para acompañarlo a comprar una mochila a Polvos Rosados. Volvió a entrar y se perdió detrás de los pabellones. Pasaron unos veinte minutos, y apareció cuando estaba por irme. Un billete de cincuenta soles se traslucía en el bolsillo de su camisa blanca, casi transparente de lo vieja que estaba. En 1989 yo acariciaba billetes así en mis sueños y los gastaba comprándome casetes originales.

—¿De dónde lo has sacado?

Fruno sonrió y escondió el billete en un bolsillo de su pantalón color rata. Luego murmuró algo que no entendí y me preguntó qué autobús íbamos a tomar. Yo repetí mi pregunta. Era otoño, una sábana gris cu-

bría la ciudad, y en vez de hojas parecía que de los árboles hubieran caído envolturas de galletas y caramelos, chicles masticados, papel higiénico, latas oxidadas, mierda de perro seca que los niños confundían con piedras y pateaban. Cincuenta soles era una cantidad prohibitiva para mí. Mis viejos apenas me daban propina en mi cumpleaños y en Navidad. Decían que tenía todo lo que necesitaba. Mentira. Me hacía falta tanta música, y chicas guapas, por supuesto.

—Me los ha dado el Hermano Candela.

—¿Por qué?

—No seas sapo, si sigues jodiendo no te presto unos casetes que acabo de grabar.

Fruno sabía de mi debilidad por las novedades musicales.

Y añadió algo que me dejó aún más intrigado.

—A veces me da cien soles. No sé, depende de él.

El Hermano Candela era una especie de pastor espiritual que tenía a su cargo el rebaño más tierno del colegio: los niños de primaria, y el rebaño lo adoraba y obedecía sus órdenes como si fueran mandamientos. La materia que dictaba no podía ser otra: Religión. Colegio San Agustín sólo para varones. Uniforme de camisa blanca, pantalón y jersey color rata y zapatos negros como la mayoría de colegios, aunque el pantalón y el jersey cambiarían al azul unos años antes de graduarme. Sacerdotes españoles y un único Hermano, él, peruano. Nosotros ya estábamos

en primero de secundaria cuando Fruno me descubrió que había alguien aparte de sus padres que le daba propina porque sí. Ya no éramos niños dóciles, sino ovejas descarriadas.

Lo apodamos Fruno por su afición a unos caramelos masticables que se llamaban Fruna. De pequeños el Hermano se los regalaba por puñados. Al resto nos daba caramelos de café que tirábamos a la basura.

El Hermano: apenas llegaba al metro sesenta, su piel morena brillaba todo el año, como si se untara una capa de aceite todas las mañanas, tenía el cabello negro y ondulado, solía vestir guayaberas hasta en invierno y llevaba un reloj de oro, había nacido en la selva y contaba a los niños que era de una tribu que comía insectos y tierra, así se ganaba la simpatía de quienes por comparación con la autoridad que ejercían los sacerdotes, veían en él a un amigo rebelde de cuarenta años, uno que a veces le sacaba la lengua a los curas cuando le daban la espalda, pidiendo luego silencio con el índice derecho en la boca.

Llegamos a Polvos Rosados. Fruno se compró una mochila militar de camuflaje y una camiseta con una tabla de surf estampada. Y aunque se lo recordé durante un par de semanas, nunca me prestó sus casetes nuevos.

Ese año, 1989, los viejos de Fruno, una pareja que apenas había cruzado la treintena, se separaron. Él se

quedó con su padre, que trabajaba como comercial para una fábrica de golosinas y vestía como en los setenta, aparte de llevar unas patillas muy largas. Mis viejos tenían otra clase de empleos. Papá era administrativo en Electrolima, la empresa local de electricidad, y mamá luchaba por sacar a flote la carpintería que sus hermanastros casi quebraron tras la muerte de mi abuelo. Que alguien se dedicara a vender golosinas al por mayor a las tiendas, me parecía impropio de un padre de familia de mi colegio. La mayoría eran administrativos de bancos y organismos estatales, ingenieros, doctores, abogados, empresarios, profesores en universidades privadas, secretarías ejecutivas, trabajos que sonaban respetables y obligaban a los padres a vestir con elegancia en oficinas, hospitales, centros educativos, en vez de conducir una furgoneta que olía a vainilla, con las patillas largas como un *hippie* extraviado en el tiempo.

1989 también fue el año que Fruno suspendió una materia por primera vez en un bimestre. Sus notas bajaron de forma alarmante, menos en Matemáticas, como si se le hubiera agotado la gasolina que irrigaba su cerebro, y sólo le quedara una reserva de combustible para los números, y otra para incendiar el mundo.

Hasta la separación de sus viejos yo creía que éramos los mejores amigos. Antes había tenido otros mejores amigos en el colegio, niños tan educados que

casi hacían una venia al saludar a sus mayores. Los sábados por la tarde hacíamos juntos las tareas en mi casa, y luego mi vieja nos premiaba con un dulce o sándwiches de pollo con mayonesa. Pero esos niños no crecieron para mí, siguieron estudiando con el mismo empeño que yo puse en no hacer nada a partir de sexto grado. Crecer era rebelarse, dar la contra en todo, violar los mandamientos que nos habían repetido desde pequeños, y yo estaba convencido de que sólo los malos se rebelaban, lo había visto en películas que mis viejos creían que eran aleccionadoras, donde los chicos problemáticos eran reformados por un maestro joven convencido de su vocación y el poder de la bondad. ¿Quería que me reformaran? No, quería ser como Fruno, el peor de todos, un dios del caos.

Nuestra amistad nació porque yo me convertí en su mascota, lo admito. No me separaba de su lado en los recreos. Si se burlaba de alguien, yo me burlaba de ese alguien también. Si jugábamos al fútbol, lo hacíamos en el mismo equipo. Si se peleaba, yo estaba en primera fila, alentándolo. Eso sí, ninguno de los dos intervenía en las peleas del otro, cada uno era responsable de su orgullo. Pero a Fruno le gustaba poner a prueba mis huevos. Su cerebro maquinaba maldades con la misma velocidad que resolvía ecuaciones.

A la hora que nos íbamos del colegio, en la esquina de Javier Prado con la Vía Expresa, algunos travestis ya empezaban a bajar y subir de los coches.

Eran parte del paisaje, apoyados contra la pared con las piernas abiertas, fumando en medio de un concierto de bocinas, como si ese ruido infernal les fuera ajeno. Una tarde Fruno me retó a tirarle piedras al Orangután, el más grande de todos los travestis, de quien nos burlábamos a veces imitando a los monos, insultándolo, mientras él se inclinaba hacia adelante para regalarnos un beso volado. No valía tirárselas de lejos, tenía que ser a quemarropa. Me armé de valor, repitiendo en mi cabeza que sólo se trataba de un marica, no importaba que midiera un metro ochenta. Corrí hacia él y lo fusilé a pedradas. Lo que no calculé fue que el Orangután me perseguiría como un animal herido por las calles, hasta que lo perdí de vista y vomité sentado en una acera.

Fruno y yo inventábamos juegos salvajes en los recreos, como hacer puntería a la cara de los despistados con una pelota desinflada. Escupíamos agua del grifo a los que cagaban en el baño. Nos escondíamos por turnos en el armario que había en el aula, y hacíamos sonidos extraños que exasperaban a los profesores, porque nunca descubrían nuestro truco. Robábamos la comida de los compañeros. Rompíamos cuadernos y pateábamos mochilas. Cuando discutíamos por cualquier estupidez, en vez de admitir que la razón estaba de mi parte, Fruno me pegaba algunos puñetes en la cara. Esos días deseaba ser más grande para darle una paliza. Entonces recordaba que era mi

contacto con las chicas. Y me decía a mí mismo que ya me las pagaría en su momento.

Que fuera mi mejor amigo no incluía que me confesara todos sus secretos. El único que nos habíamos confesado de forma mutua era el nombre de la chica que nos gustaba, que resultó ser la misma. Pero el problema duró poco. Fruno le preguntó en una fiesta si quería ser su novia, lo hizo mientras bailaban la primera canción lenta de la noche. Yo la saqué a bailar después. Me encantaba aquella niña, se llamaba Dana y siempre vestía una minifalda negra de cuero. En las fiestas bailábamos todas las canciones lentas que estaban de moda, hasta las que odiaba, porque me encantaba el olor a césped mojado de su cabello, cómo apretaba su cabeza contra mi pecho y se colgaba de mi cuello. Además nos habíamos besado un par de veces jugando a la botella borracha, y no me había pegado una cachetada como a otros que la besaron más del medio minuto permitido. Todo esto me convenció de que le gustaba en serio, aunque apenas hubiéramos cruzado un par de palabras por culpa de mi nerviosismo, que me hacía tartamudear como una metralleta.

Cuando Dana me dijo no, acusé a Fruno de provocar el rechazo. Según mi teoría, una chica no podía aceptar como novio a un chico después de rechazar a otro del mismo grupo de amigos. Pasada mi desilusión, el cabello de ninguna chica volvió a oler a césped mojado.

ÍNDICE

Mochilas	11
Yo peleé en una guerra	49
El río de los ahogados.....	63
<i>Idaho en mi corazón</i>	73
La Gata Loca	87
Al borde del borde	99
Isaac.....	131